

cabildo a Carlos V, que, por su importancia, el A. recoge íntegro (III, pp. 290-292)— y con la preocupación por instruir al pueblo en su lengua materna, para lo que se difunde el primer catecismo en vasco impreso en Navarra (III, pp. 452-453).

Muchas, importantes e interesantes cuestiones, como se puede ver, en estos volúmenes, cuya lectura agrada también porque dejan entrever los sentimientos del A.: su amor a la Iglesia y su afecto a Navarra. No en vano éste era el feliz título —*De la Iglesia y de Navarra*— del libro-homenaje que *Scripta Theologica*, de la mano del Prof. Saranyana, dedicó recientemente a D. José Goñi.

Quizá por esa misma abundancia de asuntos de interés echamos en falta un índice temático, aunque el general es bastante detallado y hay, como en tomos anteriores, índice onomástico y toponímico. Una novedad son las ilustraciones. Realmente útil es el mapa de la diócesis en los ss. XVI-XVIII (III, p. 43), muy claro y preciso, con la división en arciprestazgos. Las restantes ilustraciones contribuyen a realzar una edición muy pulcramente presentada.

Celebramos pues, estos volúmenes así como el buen ritmo con que la obra está viendo la luz, claro exponente de la sensibilidad cultural e histórica de sus promotores: la Institución Príncipe de Viana y la Universidad de Navarra.

Antón M. PAZOS

Walter REPGES, *Johannes vom Kreuz. Der Sänger der Liebe*, Würzburg, Echter Verlag, 1985, 142 pp., 12 x 20.

El Dr. Walter Regges, que obtuvo el doctorado en Filología con una tesis sobre Fray Luis de León (Universidad de Maguncia), estudió también Teología (Instituto Católico de París), que culminó con un trabajo de Licenciatura sobre las relaciones entre natural y sobrenatural (este tema estaba de moda entonces, a raíz de la primera edición del libro *Surnaturel* y las precisiones de la Encíclica *Humani generis*). Finalmente, terminados sus estudios universitarios, pasó a la carrera diplomática.

Un intelectual tan polifacético nos sorprende ahora con una investigación —se aprecia por doquier su «forma mentis» filológica— sobre cinco coplas de San Juan de la Cruz (*Qué bien sé yo la fonte, Un pastorcico, Cuando me pienso aliviar, Tras de un amoroso lance, Entréme donde no supe*), quizá más populares que sus poemas mayores, que cita según la edición crítica del P. Crisógono de Jesús, que no es la última ni la más completa, pero sí la más difundida. (La de mayor fiabilidad se debe a José Vicente Rodríguez y Federico Ruiz Salvador, y data, en segunda edición, de 1983). De cada una de las coplas ofrece el doble texto, a dos columnas, castellano-alemán, con una versión alemana muy fiel al texto original, que reproduce el ritmo poético sanjuanista. La traducción es, a mi entender, sobresaliente.

La obra que comento se estructura en cinco capítulos, cada uno de ellos comentario de una copla. El primero, titulado: *Gott, unser zu Hause*, compara el tema «qué bien sé yo la fonte» con el género poético-pastoril galaicolusitano, y relaciona la «fonte» escondida con el camino de la fe. El segundo capítulo, titulado: *Sich liebend verschenken*, le permite analizar las curiosas paradojas de los místicos, San Juan de la Cruz entre ellos, para quienes vivir es morir, y morir es vivir. El tercer capítulo, titulado: *Auf Liebe warten*, presenta el «pastorcico» entroncando —según Blecua y Dámaso Alonso— con el homónimo de las églogas virgilianas, y como expresión del deseo y hambre de Dios que consumía a San Juan de la Cruz. El cuarto, titulado: *Einander in Liebe begegnen*, estudia la cuestión de la «caza mística», presente también en Santa Teresa de Jesús y en escritores profanos, como Gil Vicente. Finalmente, el quinto capítulo, titulado: *Der Weg nach Hause*, en el que me voy a detener algo más.

Eran inevitables los comentarios del A. sobre la posibilidad de un contacto suprarracional entre el hombre y Dios, superior, por tanto, al camino gnoseológico ordinario, propio solamente de los místicos. El estribillo de la copla estudiada lo pedía: «Entréme donde no supe/ y quedéme no sabiendo/, toda sciencia trascendiendo». Tiene razón el A. cuando recuerda, al hilo de su glosa, el tema del «tercer cielo», paulino, el «rpto» de San Pablo, tan largamente estudiado por Santo Tomás, en paralelo con el «rpto» de Moisés. Todo esto subyugó a los místicos españoles, sobre todo a partir de 1527, cuando Osuna publicó su *Tercer abecedario*. La posibilidad de un abrazo amoroso con la Divina esencia, sin palabras y sin conceptos (!), como puro acto de la voluntad que suple el conocimiento, era cuestión muy debatida en tiempos de San Juan de la Cruz. Ellos habían experimentado una cierta unión intencional suprarracional, y deseaban expresarla en contenidos conceptuales. No lo lograron. Quizá la más alta expresión de la Teología mística del XVI español haya sido San Juan de la Cruz, en sus comentarios escolásticos a sus propios poemas mayores. Todo esto no lo dice el A. del libro, que se limita a unas atinadas referencias a Karl Rahner y Edith Stein. Quizá por ello, su interpretación de San Juan queda demasiado cerca de la mística renana, de un Meister Eckhart, por ejemplo, adhiriéndose a una tesis muy extendida, desde que Pierre Groult publicó, hacia 1925, su célebre *Les Mystiques des Bays-Bas et la litterature espagnole au XVI siècle*; una tesis que quizá exigiría una revisión.

Hay efectivamente coincidencia terminológica, puesto que la experiencia mística se vuelca en expresiones similares. Pero es inimaginable un San Juan de la Cruz afirmando, como Eckhart lo había hecho 250 años antes, que «intelligere est altius quam esse et est alterius conditionis» (*Quaestio parisiensis*). Estimo que no hay continuidad absoluta entre el Dionisio Pseudo-Aeropagita, Eckhart y San Juan de la Cruz, por citar los hitos más destacados de la Historia de la especulación sobre la contemplación mística. La distancia entre el temperamento castellano y el renano-flamenco es demasiado grande..., en mi opinión.

Sin duda, no era la intención del A. entrar en estas polémicas teológicas tan importantes; pero las hago notar aquí, por si pueden ser tenidas en cuenta en una eventual segunda edición.

Un libro, en definitiva, que da gusto de leer y que ha sintonizado bien con el espíritu poético e intimista de San Juan. Una obra que es, además, el resultado de muchos años de trabajo y de una notable familiaridad con los temas sanjuanistas.

Josep-Ignasi SARANYANA

Pablo PANEDAS GALINDO, *Con María junto a la Cruz. Santa María Soledad y las Siervas de María: su espíritu*, Madrid, BAC (Minor 69), 1984, 645 p., 10 x 17.

El autor es profesor del teologado de los Agustinos Recoletos en Marcilla (Navarra). Se trata de su Tesis doctoral defendida en el Instituto Teresianum de Roma, en 1984. Este trabajo es una investigación histórica y de teología espiritual sobre el espíritu de la Congregación de Siervas de María y de su fundadora Santa Soledad Torres Acosta. De acuerdo con este doble carácter, histórico y teológico, el A. dedica la *primera y segunda partes* de su obra a precisiones históricas sobre la Congregación y sobre su fundadora («Precisiones históricas», 57-223, y «Santa Soledad Torres Acosta: su espíritu», pp. 227-449, respectivamente). La *tercera parte* está dedicada a la investigación propiamente teológica del espíritu de las Siervas de María («El espíritu de Santa María Soledad en la Congregación de Siervas de María» pp. 453-556). Cierra el estudio una larga *Conclusión* de cincuenta páginas.

El interés del trabajo proviene de varios motivos. Me referiré sólo a dos. En primer lugar porque aclara algunas cuestiones históricas hasta este momento oscuras, como el papel de Don Miguel Martínez Sanz en la Fundación de las Siervas de María, el influjo agustiniano, etc. Esta razón es particularmente valiosa para las mismas religiosas que pueden encontrar en esta obra una imagen más clara de su propio carisma. El segundo motivo, sin embargo, traspasa los límites de la familia religiosa que el A. estudia. Se trata del interés eclesial que proviene del conocimiento del carisma de las Siervas, suscitado por Dios. En efecto, al leer esta obra se debe tener como trasfondo el problema humano, y por eso mismo difícil, del sufrimiento. Y, en concreto, del sufrimiento de la enfermedad. Siempre se había ocupado la Iglesia de este problema en su doctrina, en su teología y en su misma vida. Pero las palabras del Señor: «Estuve enfermo... y me visitasteis» (Mt. 25,40), aún eran susceptibles de una más perfecta comprensión y, sobre todo, de un mayor testimonio vivido. Y es la Iglesia misma la que, en este caso a través de una Congregación religiosa, la de las Siervas de María fundadas por Santa Soledad, responde a ésta nueva solicitud con la práctica literal de las bienaventuranzas.